

LOS INTELECTUALES DE LA COMUNICACIÓN: EL COMIENZO DE UNA REFLEXIÓN

María Florencia Mendoza

Facultad de Periodismo y Comunicación Social,
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

El vocablo *intelectual* tiene varias acepciones para la lengua española. Como sustantivo, refiere a la persona que se dedica al cultivo de las ciencias y de las letras. Con este valor, el término *intelectual* tiene una trayectoria breve que comenzó en el siglo XIX. A partir de ese momento, empezó a ser desarrollado por varios pensadores que definieron la figura social y política que tenía el grupo condensado bajo este concepto y las representaciones y las tareas que estos debían encabezar.

En este texto se analizarán las tareas y las obligaciones que se les atribuyeron a los intelectuales a partir de la mirada de algunos autores, para reflexionar acerca de cuál es la función que deberían tener o que tienen los intelectuales de la comunicación en la actualidad. Para ello, se estudiarán, brevemente, las atribuciones que posee el término *intelectual* en algunas posturas sobre la comunicación y la cultura en la Argentina y en América Latina durante las décadas del 70, del 80, del 90 hasta llegar a la actualidad.

Los significados del término y las tareas que los intelectuales de la comunicación tienen a su cargo dependen de los cambios políticos, sociales y económicos del contexto histórico.

Palabras clave: intelectuales, comunicación, mirada política.

Cada época no solo sueña la siguiente,
sino que soñadoramente apremia su despertar.
Lleva en sí misma su final y lo despliega
—según Hegel— con argucia.
Walter Benjamin

El término *intelectual* posee, como otras tantas palabras, varias acepciones para la lengua española. Como adjetivo, *intelectual* refiere a algo perteneciente o relativo al conocimiento. De este modo, podría hablarse de mirada intelectual, de conocimiento intelectual, incluso, de cultura intelectual. Como sustantivo, este término designa —según el *Diccionario de la Real Academia Española* (2001)— a la persona que se dedica al cultivo de las ciencias y de las letras.

Con este último valor, es decir, como sustantivo, el vocablo *intelectual* tiene una trayectoria breve que comenzó en el siglo XIX con el caso Dreyfuss (1). A partir de ese momento, el término empezó a ser

desarrollado por varios pensadores que definieron la figura social y política que tenía el grupo condensado bajo este concepto y las representaciones y las tareas que estos debían encabezar. Los significados del término, o mejor dicho, las tareas que los intelectuales tienen a su cargo dependen, como veremos, de los cambios políticos, sociales y económicos del contexto histórico.

Este artículo surge como respuesta a esos modos de tratar el término *intelectual* en algunas posturas sobre la comunicación y la cultura en la Argentina y en América Latina en las décadas del 70, del 80, del 90 hasta llegar a la actualidad. De este modo, se analizarán las tareas y las obligaciones que se les atribuyeron a los intelectuales a partir de la mirada de algunos autores, para reflexionar acerca de cuál es la función que deberían tener o que tienen los intelectuales de la comunicación en la actualidad (2).

Los orígenes del término

Antes de comenzar con el análisis es oportuno hacer un breve recorrido por los orígenes del vocablo. Entre las perspectivas más destacadas sobre el término *intelectual*, se encuentran la de Karl Marx, la de Antonio Gramsci, la de Karl Mannheim y la de Pierre Bourdieu.

En la obra teórica y política de Marx se asoció el término a dos ejes: el de la división del trabajo y el de la lucha política de clases. Marx consideraba a los “ideólogos” –denominación que usaba con mayor frecuencia– de la siguiente manera:

... como una fracción de la clase dominante, producto de la división del trabajo en las filas de los dominadores, diferenciados entre miembros activos y pensadores. Estos últimos son los que se consagran a elaborar las ilusiones de la clase sobre sí misma disimulando el interés particular bajo la forma del interés general (Altamirano, 2002: 150).

En el *Manifiesto Comunista* Marx afirmaba que el tema de los intelectuales no podía separarse de las discusiones sobre la estrategia y sobre la relación que los partidos obreros debían mantener con la *intelligentsia*.

Asimismo, la mirada de Gramsci fue una nueva perspectiva sobre el término dentro del marco teórico marxista. Este autor fue quien desarrolló la idea de “intelectual orgánico”. Carlos Altamirano explica, respecto de la perspectiva de Gramsci, lo siguiente: “El relieve que tiene la cuestión de los intelectuales proviene de su concepción de la HEGEMONÍA y del papel que le asigna a la CULTURA en la producción y en el ejercicio de esa hegemonía” (2002: 151). El terreno de la hegemonía era el de la sociedad civil y el de sus instituciones, y en ese terreno se inscribía la actividad de los intelectuales. La sociedad civil era el lugar de enfrentamiento cultural que hacía de los intelectuales actores centrales de la lucha por el censo y por la conquista de la hegemonía (Altamirano, 2002: 151).

Para Mannheim –cuya mirada no era ajena al marxismo– una sociología orientada solamente en términos de clase no podía dar cuenta de los intelectuales como categoría. Este autor consideraba que en todas las sociedades existían grupos institucionalizados cuya función era otorgarle a esa sociedad una interpretación de sí misma y del mundo (Altamirano, 2002). De este modo, la cultura era el hilo que unía los diferentes grupos intelectuales que no estaban al margen de los antagonismos entre las clases. Mannheim estudió el término desde la mirada de la sociología del conocimiento.

La perspectiva de Bourdieu es también importante porque, después de la reflexión de Mannheim, propuso un análisis (en los años 60) acerca del término *intelectual* vinculado a la sociología de los sistemas simbólicos. De esta manera, pensaba en un intelectual comprometido, pero autónomo, que tenía un rol fundamental en la lucha social. Según Bourdieu, intelectuales son los artistas, los escritores y los científicos que se comprometen con la acción política. Al respecto, explica:

Debemos oponer las producciones de redes críticas que agrupen a “intelectuales específicos” (en el sentido de Foucault) a las de un verdadero intelectual colectivo capaz de definir los objetos y los fines de su reflexión y de su acción, es decir, autónomo. Este intelectual colectivo puede y debe cumplir en primer lugar funciones negativas, críticas, trabajando en la producción y extensión de instrumentos de defensa contra la dominación simbólica que hoy se ampara casi siempre en la autoridad de la ciencia; haciendo valer la competencia y la autoridad del colectivo reunido, puede someter el discurso dominante a una crítica lógica que ataque sobre todo el léxico [...], pero también la argumentación y el uso de metáforas [...]; por último puede oponer una crítica propiamente científica a la autoridad predeterminadamente científica de los expertos, sobre todo económicos [...]. Pero también puede cumplir una función positiva contribuyendo a un trabajo colectivo de invención política (2001: 40-41).

Veremos, más adelante, que gran parte de la mirada desarrollada por Bourdieu fue tomada por Daniel Mato (2002) para hablar de las funciones del intelectual y de las *prácticas intelectuales* de la actualidad.

Ahora bien, todas estas particularidades de las que se ha cargado el término *intelectual* tienen sus resultados, sus manifestaciones y sus anclajes en las prácticas intelectuales de América Latina relacionadas con el campo de la comunicación.

La comunicación y los intelectuales: un recorrido

Las teorías de la comunicación de la década del 70 estuvieron signadas por el lugar que comenzaba a ocupar el *receptor*. América Latina, durante esta década, estuvo bajo regímenes militares. Por ello, darle la importancia y el debido lugar al *receptor* como sujeto productor de sentido y de reflexión marcó un cambio en las miradas de la comunicación. El libro *Para leer al pato Donald* (1973), de Ariel Dorfman y Armand

Mattelart, fue un gran comienzo para desarrollar el tema; no solo por la mirada que aportaban sobre una cultura –que se relacionaba estrechamente con el liderazgo de los gobiernos militares en América Latina porque, como es sabido, Norteamérica reguló e impulsó todas las dictaduras–, sino también por la reflexión y por la visibilidad que le otorgaron a la aparición de los *movimientos sociales* y de los *nuevos actores* que participaban de la vida cotidiana.

A mediados de los 70, como explica Florencia Saintout (1998) –“junto a los repliegues de los movimientos sociales en Latinoamérica, a la crisis de las izquierdas y a los golpes de Estado militares en todo el Cono Sur” (1998: 4)–, surgió el paradigma cientificista de análisis de la comunicación. De este modo, se asimilaba la comunicación a la transmisión de información y se impulsaba la idea de “dejar de hacer política, hacer ciencia” (1998: 4). Paralelamente, la idea de lo *popular* comenzó a tomar fuerza y a ocupar gran parte de las miradas de los estudiosos de la comunicación. El *intelectual* de esta época estaba comprometido con la realidad social, política y económica de su país.

La década del 80 se caracterizó por el foco que hacían los *intelectuales* en la *recepción* y por la aparición del concepto de *mediatización* bajo la firma de Jesús Martín-Barbero. La noción de mediatizaciones surgió, entre otras cosas, por la necesidad de encontrar un vínculo que tuviera en cuenta a los sujetos en las transformaciones sociales que se producían en los medios y en las culturas. A partir de esto, la mediatización permitió reconocer que el proceso colectivo de producción de significados era el que se había transformado por la aparición de los medios y de las tecnologías, y que esa transformación no era igual en todos lados. Al respecto, María Cristina Mata sostiene:

La mediatización de la sociedad –la cultura mediática– nos plantea la necesidad de reconocer que es el proceso colectivo de producción de significados a través del cual un orden social se comprende, se comunica, se reproduce y se transforma, el que se ha rediseñado a partir de la existencia de las tecnologías y de los medios de producción y transmisión de información y la necesidad de reconocer que esa transformación no es uniforme (1999: 84).

Además, en este momento, se institucionalizó el campo de la comunicación, la comunidad europea se apropió de la cuestión de la *sociedad de la información* (Rodríguez, 2004) y los movimientos sociales cobraron más fuerza y tuvieron más voces. Sin embargo, hay algo importante que remarcar: desde los 80 hasta los 90 se estudió poco la figura de los medios de comunicación como dispositivos de poder (Rodríguez, 2004).

En la década del 90 los cambios en los roles de los *intelectuales* y en los focos de estudio de la comunicación se hicieron cada vez más visibles. El concepto de lo *global* cobró un nuevo impulso y los términos *globalización* y *mundialización* se pusieron en circulación antes de que se conocieran sus

significados. Al respecto, Mattelart explica: “La globalización es un hecho, pero también una ideología porque difunde una visión economicista” (Mattelart, 2003 [1996]: 6).

Podría decirse que en este período las dificultades en las tareas y en las obligaciones que debía tener el *intelectual* no se relacionaban, solamente, con el auge del campo de la comunicación, sino también con el alejamiento de este sujeto de la sociedad civil. Es decir, las clases intelectuales estaban cada vez más atrapadas –por necesidad o por convicción– en la “nueva máquina económica”. Las ciencias sociales, entonces, eran cada vez más solicitadas para hablar de empresas, de marketing, de competitividad, etcétera.

Los intelectuales de la comunicación atravesaron por varias etapas y sus objetos de estudio cambiaron, se ampliaron o se sumaron a los objetos de otras disciplinas. En los años 2000 la expresión *sociedades del conocimiento* se hizo cada vez más popular, tan popular como la función de los comunicadores. Según Mattelart, en este momento estaba en juego la redefinición de la noción “de un intelectual masivo y del proletariado intelectual, un sujeto que no es ni empresario ni trabajador y que no tiene anclas concretas en esta sociedad” (Rodríguez, 2004).

Con relación a esta última idea y al debate que atraviesa a los intelectuales de la comunicación, se puede pensar en la función que estos tienen en la actualidad, en la que deberían tener y en cómo –en la disciplina de la que forman parte– se confunde, por momentos, el eje de trabajo.

El intelectual y la academia

Daniel Mato (2002) desarrolla un interesante análisis sobre la relación automática que se establece entre el término *intelectual* y los términos *investigador*, *académico* y *escritura ensayística* en los años 2000. Según este autor, hay una gran cantidad de *prácticas intelectuales* que no forman parte de la “academia” por relacionarse específicamente con actores sociales “extraacadémicos” (2002: 23). Mato plantea que existe una diversidad de *prácticas intelectuales* (3) que también poseen componentes analíticos interpretativos – estos son, para el autor, los elementos que deben tenerse en cuenta en la práctica intelectual–, como la actividad docente, las producciones artísticas y las actividades que se desarrollan en los movimientos sociales y en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

La reflexión de Mato incluye, en el universo de las *prácticas intelectuales*, aquellas actividades que quedan excluidas de la academia o que no encuentran un lugar legitimado porque su objeto de estudio no es aceptado por la academia. De este modo, explica que en América Latina hay un amplio campo de prácticas intelectuales que no están reconocidas y que no solo comprenden los estudios realizados en ámbitos universitarios y académicos. Con esto, el autor se refiere a aquellas prácticas que también “poseen un carácter reflexivo y analítico interpretativo que se despliegan, por ejemplo, en el marco de diversos movimientos sociales [...], en las artes” (Mato, 2002: 33), en las organizaciones gubernamentales, en los sindicatos, etcétera.

Con relación a esta idea, se puede sumar el aporte de Carlos Mangone, quien no vincula al *intelectual* con la academia, sino, entre otras cosas, con la politización de la mirada. Mangone habla de la *politización intelectual* y plantea que esta tiene que ver con inscribir el análisis en una totalidad. Politizar la intervención intelectual significa, para Mangone, llenar algo de historia, “porque si uno llena de historia empieza a advertir procesos; si advierte procesos, busca causas; si busca causas, genera las consecuencias” (Mangone, s/d). En este sentido, el intelectual debería tener la función –siempre presente, siempre incluida– de inscribir el análisis en una totalidad para poder desarrollar una verdadera práctica intelectual. Esta reflexión es importante, pues refuerza la idea de que la práctica intelectual debe estar inmersa en los procesos históricos y debe involucrarse con la totalidad.

Como recuento de estas miradas (que son solamente algunas de las que circulan en el campo de la comunicación sobre el tema) se puede decir que la función del intelectual de la comunicación no está ligada, únicamente, a la producción de materiales académicos y de estudios, sino que este sujeto debe involucrarse con la sociedad y con los procesos políticos, sociales y económicos que de ella resultan.

Ahora bien, el objeto de estudio de los intelectuales cambia, se modifica, se agranda y se conjuga con los objetos de otras disciplinas. El cambio en el foco de análisis de estos sujetos con conciencia política y con una mirada crítica e integral es lógico, porque a medida que las sociedades cambian, también se transforman los roles, las funciones y los objetos de investigación. Sin embargo, en las ciencias sociales, pero especialmente en la comunicación, el objeto de estudio es difícil de delimitar y esto hace que la función, las tareas, las obligaciones y las miradas de los intelectuales se vean comprometidas.

La comunicación y sus fronteras

En el caso especial que nos ocupa, es posible pensar que la relación entre los intelectuales de la comunicación, los estudios comunicacionales y la academia se vincula con la estructura y con los límites de esta disciplina.

Para pensar en este aspecto de la comunicación es interesante acercarse a la reflexión que establece Juan Magariños de Morentin (2008) para hablar de la semiótica. Este autor explica:

Entiendo por “semiótica”, como disciplina, un conjunto de conceptos y operaciones destinado a explicar cómo y por qué un determinado fenómeno adquiere, en una determinada sociedad y en un determinado momento histórico de tal sociedad, una determinada significación y cuál es esta, cómo se la comunica y cuáles son sus posibilidades de transformación (2008).

De este modo, la semiótica es una disciplina utilizada por especialistas y por no especialistas. Es decir, la utiliza el médico al pedirle al paciente que le describa los signos de la enfermedad o el malestar que lo acoge; la utiliza el biólogo, el antropólogo, el sociólogo o el abogado; y también la utiliza la gente en su vida

cotidiana, el vendedor, el mozo, el empleado, todos. Todos se valen de la semiótica. Asimismo, Magariños hace una diferenciación crucial: la semiótica no puede ser entendida como una ciencia por la cualidad de su objeto de estudio, es decir, el signo. Esto sucede porque, desde la perspectiva peirceana, todo es signo. Por lo tanto, si todo es signo, el signo no puede ser objeto de conocimiento científico, ya que no tiene objeto de conocimiento del cual diferenciarse. Con la comunicación sucede algo parecido, por no decir, lo mismo. Bajo la mirada de varias investigaciones y de varios años de estudio, la comunicación traspasa las fronteras de la ciencia.

Según Martín-Barbero, la comunicación es el espacio de la modernización, el “motor de la renovación industrial y de las transformaciones culturales que nos hacen contemporáneos del futuro” (2005: 117). La comunicación, por estar asociada a las tecnologías de la información y a su desarrollo desmesurado, es sinónimo de avance. Además, la comunicación es un proceso de producción de sentidos, lo que supone asumir que este proceso se produce y se configura, como sostiene Stuart Hall, a través del lenguaje y de las prácticas discursivas. Las *prácticas discursivas* atraviesan todos los ámbitos de la vida social. Esto significa que las personas, al usar estas normas, despliegan una serie de estrategias a través de las cuales se puede ver su mirada del mundo y su ideología.

De este modo, y tomando únicamente estas definiciones de la comunicación, se puede suponer que con esta disciplina sucede algo similar a lo que sucede con la semiótica. La comunicación atraviesa todas las áreas, los espacios y los circuitos de la vida cotidiana y de la vida académica. Los médicos, los abogados, los movimientos sociales, los empleados bancarios, todos utilizan la comunicación y en todos los procesos de investigación, de estudio o de transcurso de la vida cotidiana está presente la comunicación. Por ello, al ser un tema de la comunicación tanto el estudio del hombre (antropología), el estudio de la sociedad (sociología), el estudio de la salud y del cuerpo humano (medicina), etcétera, la comunicación llega a la misma circunstancia que la semiótica. Dicho de otra manera, si todo comunica, si todo está atravesado por procesos sociales de producción de sentidos y de significados, si todo marca un modo de decir algo, la comunicación no tiene un objeto de estudio del cual diferenciarse.

Esta ventaja o esta dificultad (hay un gran debate sobre el tema) que posee la comunicación también se refleja en las miradas de sus intelectuales. Esto no es una crítica a las fronteras de la disciplina, sino una reflexión sobre el rol que los intelectuales deben tener hacia el interior y hacia el exterior de sus fronteras.

Conclusión: un nexo con la sociedad

Podemos establecer que una de las problemáticas que atraviesan los intelectuales de la comunicación se debe, en gran parte, a la amplitud de esta disciplina. Es decir, se espera del físico un compromiso social, político e ideológico respecto de su área de estudio; lo mismo sucede con otras ciencias. Sin embargo, del comunicador se espera no solo la participación ciudadana, la reflexión política y social, el vínculo de su práctica con los actores a los que estudia; sino, además, el conocimiento de todas aquellas ciencias y

disciplinas que puedan formar parte (o que pueden atravesar) de sus múltiples objetos de estudio, la mirada amplia y politizadora de sus prácticas y la inscripción de sus reflexiones en una totalidad social, histórica, política y económica.

El problema central de los intelectuales de la comunicación es que su función es tan amplia que atraviesa todas las esferas de las disciplinas y de las ciencias y comulga con las tareas de intelectuales de otras áreas. El intelectual de la comunicación debe tener una mirada politizadora, debe comprender los procesos sociales en su totalidad, debe poder relacionar y vincular hechos y acontecimientos con actores sociales y con problemáticas. El intelectual de la comunicación no está únicamente en las áreas académicas; está también afuera, en el barrio, en la escuela, en la vida cotidiana. Es aquella persona que reflexiona y que analiza la realidad desde todos los aspectos y que no excluye –de su análisis y de su reflexión– el recorrido y las huellas que dejó la historia. El intelectual de la comunicación, tanto como el semiólogo, explica cómo y por qué un determinado fenómeno adquiere, en una sociedad y en un determinado momento histórico, una cierta significación y cuál es esta, cómo se la comunica y cuáles son sus posibilidades de transformación. Más allá de la amplitud de este campo, el gran desafío de los intelectuales en la actualidad es que sigan siendo un nexo con la sociedad; que generen, en ese vínculo, una mirada politizadora; que se comprometan con la realidad de su país y que la transformen, día a día, desde el hacer con el otro.

Notas

- (1) En enero de 1898 una declaración de escritores y de universitarios, publicada bajo el título “Manifiesto de los intelectuales”, reclamaba una revisión del juicio por el que se había condenado al oficial Alfred Dreyfuss, de origen judío. Al marcar, junto a sus nombres, los títulos profesionales dejaron en claro que consideraban a las credenciales intelectuales como un signo de autoridad, que les confería la responsabilidad moral y el derecho a intervenir en el debate cívico (Altamirano, 2002: 148).
- (2) El presente artículo se desprende de un trabajo práctico realizado durante el seminario “Cuatro décadas de comunicación y cultura en la Argentina y en América Latina”, dictado por el profesor Carlos Mangone, en el marco del Doctorado en Comunicación de la FPyCS.
- (3) La idea de *prácticas intelectuales* de Daniel Mato descansa en el concepto de *práctica* propuesto por Pierre Bourdieu.

Bibliografía

- Altamirano, C. (2002), “Intelectuales”, en Altamirano, C. (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- Bourdieu, P. (2001), *Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo*, Barcelona, Anagrama.
- Mangone, C. (s/d), “Balance de las cuatro décadas” [doc.], sin referencia de año, ni de publicación.
- Magariños de Morentin, J. (2008), “El concepto de semiótica”, *Página 12*, Buenos Aires [en línea].
Disponible en: <www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-109623-2008-08-14.html>.
- Martin-Barbero, J. (2005), “Los oficios del comunicador”, *Co-herencia* Vol. 2 (2), pp.115-143.

- Mata, M. C. (1999), "De la cultura masiva a la cultura mediática", *Diálogos de la comunicación* N.º 56, Bogotá, FELAFACS.
- Mato, C. (coord.) (2002), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, CLACSO.
- Saintout, F. (1998), *Los estudios de recepción de América Latina*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Real Academia Española (2001), *Diccionario de la Real Academia Española*, México, Espasa Calpe.

Fuentes de Internet

- Causas y Azares [1996] (2003). "Entrevista con Armand Mattelart. Intelectuales comunicación y cultura". *Revista de Economía Política de las Tecnologías de la Información y Comunicación* [en línea]. Consultado el 14 de octubre de 2014 en: <<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mangone/T8%20y%20P8%20Entrevista%20a%20Mattelart%201996.pdf>>.
- Rodríguez, P. (2004). "Entrevista con Armand Mattelart". *Portal de la comunicación* [en línea]. Consultado el 16 de septiembre de 2014 en: <http://www.portalcomunicacion.com/monograficos_det.asp?id=279>.

Artículo recibido el 23/10/14 - Evaluado entre el 24/10/14 y 30/11/14 - Publicado el 21/12/14